

LOS CEREALES, LA SITUACIÓN DEL JORNALERO Y LA SIEGA

José Puche Forte

"Si el verano es húmedo, los frutos se pudrirán y denota poco trigo, menos cebada y muchas enfermedades". Gerónimo Cortés "Lunario y pronóstico perpetuo".

Introducción

Son muchos los libros antiguos que se han ocupado de las labores agrícolas, recogiendo las predicciones atmosféricas por medio de señales producidas por el viento y los astros que pronostican si el tiempo va a ser lluvioso, seco, frío o cálido. También la mayoría de los agricultores conocían infinidad de métodos de predicción del tiempo, uno de los más valorados y practicados eran los populares "cabañuelas", sistema que si anotaban bien todos sus detalles acostumbraban a ser bastante eficaces. Los agricultores ponían gran cuidado en observar los síntomas atmosféricos a la hora de sembrar o de recoger las cosechas. Ellos conocían muy bien la tierra y sabían cual era la más favorable para una y otra labor agrícola y que era lo mejor que cada terreno podía producir.

Todos estos sistemas predictivos que el agricultor conocía y practicaba

son dignos de estudio y dan materia suficiente para realizar un trabajo sobre el tema, el cual pretendemos realizar, pues creemos, que etnográficamente, es muy interesante y merecedor de tenerse en cuenta.

Pero el argumento que ahora nos ocupa son los cereales, la vida del jornalero y el duro trabajo de la siega que este y otros muchos agricultores realizaban. También la conservación de los cereales recolectados, en especial el trigo, ya que es uno de los productos más necesario para la vida y muy apreciado por los agricultores de entonces.

Dice un antiguo libro² que, *"en el menguante de julio es muy provechoso segar el trigo, para que mejor se guarde y conserve"*. A lo largo de este estudio veremos que esto depende de la región en donde se realice la siega, ya que debido al clima, pueden ser más tempranas o más tardías.

¹ y ² Gregorio Cortés. *Lunario y pronóstico perpetuo*. 3ª edición (la primera se hizo en 1596 y la segunda en el 1728). Imprenta de Manuel Minuesa. Madrid.

³ Juan Blázquez Miguel, *Yecla en su Historia*. Edit. Arcano, Toledo 1988.

⁴ La fanega de áridos equivale a 12 celemines o 55 litros y medio.

En cuanto a la conservación del trigo, *"hay un procedimiento sencillo y económico para conocer los cereales y preservarlos del gorgojo, del gusano y otros desperfectos; este procedimiento debe de inspirar tanta más confianza cuanto que lleva veinte años de un éxito completo jamás desmentido. Consiste en colocar inmediatamente después de la cosecha el grano limpio y seco en unos toneles cuyo disco superior está levantado y reemplaza sencillamente una cubierta bien adaptada sobre la que se pone una gruesa piedra. Estos toneles se colocan en pie y en fila a lo largo de las paredes de un granero "*.

En cuanto a Yecla, era costumbre normal almacenar el trigo en trojes hechas de obra, que por lo general ocupaban parte de la primera planta en las viviendas de los agricultores, o en las grandes fincas rurales, en lo más profundo de las llamadas *"escambras"*, ya que este era un lugar seco y con poca luz. Si alguna ventana tenía, esta daba al patio de la casa.

A nivel del Concejo, había un gran granero o Pósito en donde se almacenaba gran cantidad de trigo como reserva para venderlo a los agricultores para la siembra en épocas de sequía, pedrisco o malas cosechas y como previsión alimenticia para el pueblo en tiempos de carestía. En nuestro pueblo, el Pósito estaba situado antiguamente junto a la

torre del Reloj, que con el tiempo pasó a ser escuela. Posteriormente tuvo otros emplazamientos como el lugar que hoy ocupa el Concha Segura o en donde estuvo la cárcel, hoy Comisaría de Policía.

Antecedentes históricos

Como hemos podido apreciar por la introducción, para poder describir el trabajo de la siega, es conveniente conocer algo sobre la tradición cerealista en el agro yeclano y también su pequeña historia, que ligada al campesino y en general al jornalero, nos aportará mayores conocimientos sobre este rudo y penoso trabajo.

Si ojeamos un poco la historia local, mirando atrás en el tiempo, veremos que a lo largo del siglo XVI un 74 por ciento de los ciudadanos se dedicaban a la agricultura³ y entre ellos habían gran cantidad de jornaleros.

De las 1.000 hectáreas que había cultivadas, 233 estaban dedicadas a los cereales. De estos, el trigo era el producto principal. La cantidad media que se recogía al año oscilaba entre las 18.000 y 20.000 fanegas⁴. Para la cebada se reservaban los mejores terrenos de regadío, que estaban situados principalmente en la huerta.

El siglo XVII, es el periodo más duro que Yecla ha padecido. Una de las

causas fue la esterilidad de los campos debido a las muchas y continuadas sequías, que fueron las causantes de que se perdieran las cosechas, causando el hambre en la población y la emigración de muchas familias, en especial al Reino de Valencia.

Sabemos que en 1621 la tierra dedicada a los cereales era unas 9.590 fanegas (la fanega de superficie equivale a 7.278 metros cuadrados). El trigo fue el principal cereal cultivado, pero su producción era insuficiente para las necesidades de la población. No disponemos de noticias de la producción de trigo ni de otros cereales como cebada, avena, centeno, etc.

En 1644 la escasez de la cosecha fue terrible por falta de agua. A pesar de ello, Yecla tuvo que contribuir con determinadas cantidades de trigo para el abastecimiento del ejército en la Guerra de Cataluña. En 1645 hubo grandes temporales de nieve. En 1648, fueron los hielos. Cuando cesaron estos, hubo una plaga de langosta. Esta situación se fue repitiendo año tras año. En 1675, lo poco que dejó la langosta lo arrasó el pedrisco. La cota de hambre llegó a extremos difíciles.

De toda esta tragedia, la peor parte se la llevaban los jornaleros, los cuales no tenían a veces empleo ni ingresos fijos, por lo que en ocasiones se veían

obligados a emigrar en busca de trabajo para poder sacar adelante a sus familias. Estos jornaleros que allá por 1680 cobraban dos reales diarios, alcanzaban un alto porcentaje de la población.

Para mitigar el afecto de las malas cosechas existían los Pósitos, que eran como una especie de bancos en donde se facilitaba la compra de trigo a los campesinos cuando lo necesitaban para la siembra o para abastecer al pueblo en caso de necesidad. De el de Yecla ya hemos hablado anteriormente. En 1680 se creó como una especie de "*monte de Piedad*" para proporcionar trigo a los campesinos más necesitados.

Durante el siglo XVIII, los jornaleros apenas podían subsistir en un ambiente de opresión socioeconómica y de miseria, trabajando tan solo en ciertas épocas del año. Esta situación llegó a estallar a finales de siglo, ya que la mitad de los que se dedicaban a las labores agrícolas eran jornaleros.

Para hacernos cargo de la situación diremos que a principios de este siglo una arroba de trigo valía 28 reales, llegando a alcanzar en los últimos años de la centuria los 75 reales.

Giménez Rubio nos dice que en 1755 había en Yecla sobre los 120 jornaleros del campo y que estos ganaban un jornal diario de cuatro reales, en día

⁵ Pascual Giménez Rubio, *Memoria de apuntes para la Historia de Yecla*. Imprenta de Juan Azorín, Yecla. 1865. p. 280.

⁶ Miguel Ortuño Palao, *La vida de Yecla en el siglo XVIII*. Edit. Academia Alfonso X El Sabio, Murcia 1979 pp. 96 a 99 y 160 a 165.

que trabajaban⁵. Si lo comparamos con el precio del trigo obtendremos la respuesta.

Miguel Ortuño nos aporta datos interesantes en su libro *"La vida de Yecla en el siglo XVIII"*⁶, y nos presenta un censo de profesiones en la que se enumeran un total de 2740 jornaleros en todas las profesiones, de ellos 642 son cabeza de familia. De estos jornaleros varones hay 817 solteros, 584 casados y 18 viudos. En cuanto a mujeres jornaleras hay 647 solteras, 584 casadas y 90 viudas, lo que nos aporta ese total de 2740 personas. En 1755 Yecla tenía 6.608 habitantes.

También nos dice que los jornaleros formaban parte de la clase baja, de vida precaria y miserable. Se puede afir-



Foto 1. Preparando la tierra. Década de los años cincuenta. Foto archivo Tani.

mar que durante el siglo XVIII más de la mitad de la población, durante gran parte del año pasa hambre. Nos describe que el término municipal sufrió durante este siglo XVIII tres plagas de langosta, una en 1707, otra en 1727 y la última en 1758.

En cuanto a la producción de trigo nos comenta que en 1756 se dedicaba a sembradura de regadío de primera 364 fanegas, de segunda 17 y de tercera 8. De medio regadío para sembradura de primera 577 fanegas, de segunda 183 y de tercera 28. El promedio de trigo recogido entre 1761 y 1794 fue de 1.529.231 kilogramo y el consumo medio anual era de 770.904 kilogramo.

Fausto Soriano nos cuenta en su *"Historia de Yecla"* que Espinalt nos

refiere en 1778 que en Yecla se recogían en esta época una prodigiosa cosecha de trigo, así como mucha cebada y centeno. También nos apunta que según el catastro mandado hacer por el Marqués de Ensenada en 1755, constaba el término de 90.595 fanegas de tierra de las cuales se dedicaban 18.098 a sembradura de secano de primera, 11.187

a sembradura de segunda y de 10.577 de tercera⁷.

Según Juan Blázquez, parece ser que el siglo XIX no fue mucho mejor que el anterior, ya que el anterior, ya que en su principio más de la mitad de la población se encontraba sin trabajo, llegando el pueblo a pasar hambre.



Por esta época se venían Foto 2. El trabajo de la siembra. Década de los años cincuenta. Foto recogiendo al año unas 10.011 archivo Tan i.

fanegas de trigo, siendo insuficiente para el abastecimiento del pueblo. Tengamos en cuenta que a mediados de este siglo Yecla venía a tener unos 12.000 habitantes. Por si faltaba algo, el 7 de agosto de 1805, festividad de San Cayetano, cayó en Yecla una tormenta de granizo como no se ha conocido otra, la cual destrozó las cosechas y casas de la población, también mató infinidad de animales. Algunas piedras llegaron a pesar unas 16 onzas, y eso que se pesaron cuando ya se habían derretido algo. Esta horrible tormenta motivó a que los yeclanos le edificaran una ermita a San Cayetano, la cual fue destruida en 1936.

La prensa de finales del XIX refleja el estado lamentable en el que se encontraba la sociedad yeclana. "La Soflana" del 14 de agosto de 1892 nos dice: "El trabajo escasea... los salarios bajan hasta alcanzar un nivel medio de 5 a 6 reales

al día, los cuales no bastan para cubrir las necesidades más parentorias de la familia del bracero... el trigo no tardará en cotizarse a 15 pesetas la fanega y el pan, principal alimento de las clases proletarias estará pronto por las nubes "

El mismo semanario del 21 de agosto de 1892, dice en unos de los artículos: "Una crisis grandísima se cierne sobre nuestras cabezas... La ruptura de las relaciones comerciales con Francia... ha destruido el comercio vinícola, principal... riqueza de Yecla... Terminada la faena se siega y trilla, el trabajo escaseará y la situación del jornalero no podrá menos que ser bien triste... En algunos pueblos de la provincia de Alicante comen ya los jornaleros pan de cebada".

Otro de estos seminarios "El Criterio Yeclano" del 16 de junio de 1892 si-

⁷ Fausto Soriano Torregrosa. *Historia de Yecla*. Imp. J. Domenech, Valencia, 1972. pp. 227 y 228.

⁸ Aniceto López Serrano, "Prensa y periódicos en Yecla en el siglo XIX" *Revista de Estudios Yeclanos "YAKKA"*. Nº3, abril 1991 Imp. "La Levantina". Edit. Excmo. Ayuntamiento de Yecla.

⁹ Miguel Ortuño Palao, *El habla de Yecla*. Edit. Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, pp. 139 a 151.

gue aportándonos datos de esta angustiosa situación cuando dice: *"Llamamos la atención de la autoridad correspondiente a cerca de la subida del pan a 4 céntimos por kilogramos, para que mande hacer los repesos correspondientes, con el fin de que al comprador se den 1000 gramos de pan a cambio de 34 cts "*.

En el mismo seminario del 14 de agosto de 1892 dice que *"los últimos días ha habido mucha busca de trigo entre los panaderos de esta ciudad, por cuya razón ha llegado a pagarse a 54 y 56 reales la fanega, notándose mucha resistencia en los vendedores"*.

Para hacernos una idea más concreta sobre la segunda mitad del siglo XIX, diremos que en un censo llevado a cabo en 1861 Yecla tenía 2560 jornaleros mayores de 25 años, el cual aumentó en 1915 a un total de 3767.

La única salida que estos tenían ante esta situación de crisis terminó siendo la emigración, bien de forma temporal para labores de recolección o de forma definitiva. En 1880 está documentada la emigración a Francia de más de treinta familias⁸.

El siglo XX, como es lógico, viene arrastrando las penurias económicas agravadas por la usura y la falta de trabajo que ya había en el XIX. En el 1900 nuestro pueblo tiene unos 18.743 habi-

tantes, de los cuales 5365 viven de hecho en el campo. Existe una relación de 1910 en la que se describen los diferentes caseríos rurales y el número de vecinos que los habita⁹. La Boquera del Carche tiene 29 habitantes; la Bronquina, 48; el Calderón, 21; la Casa Ygarza, 23; la del Olivar, 26; Derramadores, 23; el Espinar, 30; Los Hitos, 41; el Madroño, 32; Los Quiñones, 51; la Rabosera, 35; los Rincones, 21; la Teatina, 36. En esta época la pedanía de Raspay tenía 591 habitantes. Por esta época habían en Yecla unos 3500 jornaleros. La inmensa mayoría de estos solo tenían ocupación cuando se recolectaban las cosechas o en la recogida del esparto. El resto del tiempo, o estaban en el paro o tenían que recurrir a la emigración temporal. También los que eran propietarios de escasos terrenos se veían a veces obligados a emigrar en épocas de cosechas.

En cuanto a la agricultura, a principios de siglo el término se vio azotado por una serie de malas cosechas y también por la aparición de la filoxera en la vid. Esta mala racha dio comienzo allá por 1910 y se mantuvo hasta casi mediados de los años veinte. El seminario *"Juventud de Hoy"* del 13 de febrero de 1916 dice: *"La triste situación que por culpa de la sequía hemos padecido todos, tanto patronos como obreros, influyó en que la clase obrera se viera en la necesidad de emigrar a otros países en busca de trabajo "*.

Para completar el panorama local, no hay nada como ver los bandos de la alcaldía. El 16 de mayo de 1905, el Ayuntamiento faculta a la Junta Permanente para que haga un reparto de braceros parados entre los propietarios de la localidad, quienes se obligan a facilitarles trabajo al precio mínimo de 1,50 pesetas diarias. En 1904 apareció un bando sobre el Descanso Dominical con una serie de normas. Parece ser que este es una novedad de principios de siglo, pues antes no se obligaba a guardar los domingos. En 1916 aparece otro con las mismas normas, signo evidente de que estas no se respetaban. Aparecen otros bandos sobre el mismo tema. El 29 de noviembre de 1906 aparece otro bando sobre la Junta Local de Reformas Sociales para elegir la mitad de los vocales entre patronos y obreros de dicha entidad. En 1908 aparece otro para la elección de vocales para esta entidad.

También a principios de siglo empiezan a surgir las sociedades de socorros mutuos y de resistencia para remediar en parte las incapacidades laborales por enfermedad, accidente, falta de trabajo, muerte, etc. ya que entonces no existía la Seguridad Social. En 1903 surge "*La Fraternidad*", fundada el 3 de octubre, en esta se percibe ya una influencia socialista. El 26 de junio de 1905 aparece "*La Conquista del Derecho*" Círculo de la Sociedad de Resistencia de Oficios Varios. También apareció por entonces

"*La Mutual Católica*" para contrarrestar las nuevas corrientes progresistas.

Los grandes terratenientes también se van organizando y asociándose en Comunidad de Labradores, con lo cual empiezan a endurecerse las relaciones laborales y las condiciones de trabajo entre patronos y obreros.

Con la llegada de las nuevas corrientes socialistas, los campesinos más débiles y los jornaleros se van organizando. El 11 de octubre de 1914 se constituye la "*Sociedad de Obreros Agrícolas*". A la convocatoria asistieron 30 obreros. Se legalizó en diciembre con más de 500 afiliados. Con los acuerdos para la siega de 1915 se afiliaron un gran número de jornaleros, llegando a alcanzar los 1600 afiliados. También en 1915 se acuerda suspender el destajo en las labores agrícolas y que las jornadas sean "*de sol a sol*". Los trabajadores piden para la siega un jornal de 6 pesetas, ya que desde 1914 a 1915 hay una gran subida de precios en artículos de primera necesidad. Igualmente en 1915 se celebra por primera vez en Yecla el 1º de Mayo a cuya manifestación acudieron unas 6000 personas.

Los grandes logros del socialismo yeclano fueron la adquisición de un local para la "*Casa del Pueblo*" y la fundación de la Agrupación Socialista que se constituye formalmente el 15 de mayo

¹⁰ Aniceto López Serrano, *Yecla un ejemplo de Socialismo Agrario (1914-1918)*. Edit. Academia Alfonso X El Sabio. Murcia, 1989.

de 1916 en el Trinquete, estableciéndose como sede la de la Sociedad de los Obreros Agrícolas. Poco después se compraría el local en donde se instaló dicha Casa del Pueblo.

Mucho se podría hablar de las luchas que llevaron a cabo los trabajadores para conseguir mejoras laborales. En cuanto al jornal de la siega, en 1915 era de 5 pesetas. En 1917 debido a los sangrientos sucesos del 13 de agosto en que se cerró la Casa del Pueblo el jornal bajó a 4,50 pts., en 1918 subió a 6 y en 1919 bajó de nuevo a 5 pts. Con las largas jornadas de trabajo también se llevó a cabo una fuerte lucha, hasta que en 1916 se consiguió la jornada de ocho horas¹⁰.

El 17 de junio de 1921 aparece un bando sobre los jornales agrícolas, el salario para los hombres es de 8,50 pts, la jornada de ocho horas y el jornal de siega y arranque para mujeres y muchachos es de 5 pts.

El 14 de abril de 1931, con el triunfo de la II República, cambió el ambiente popular, pero los problemas siguieron, e incluso se fueron agravando debido a los acontecimientos políticos que fueron surgiendo. Se organizó una Comisión para atender a los obreros en paro. Ya antes de entrar la República se organiza trabajo para los obreros en paro en la construcción del Paseo de la Estación y Puente. Se hacen turnos de obre-

ros que se renovarían cada tres días. El número de obreros inscritos en la Bolsa de Trabajo asciende a 1000. En mayo de 1931 la citada Comisión ocupa 900 obreros durante doce días repartiéndose entre todos los propietarios del término y 100 obreros el Ayuntamiento para realizar mejoras urbanas. El jornal diario será de 4,25 pts. También para remediar el paro se suspende el derecho de licencia de obras durante quince días, para evitar que solo una parte de obreros se beneficie del trabajo. Los propietarios darán cuenta de los obreros a emplear y se escogerán entre los más necesitados.

En un bando del 1 de enero de 1932, se informa del precio de los jornales agrícolas hasta últimos de abril, en que la jornada ordinaria para hombres es de 4,50 pts. y la de las mujeres de 2,60. También hay otro del 24 de septiembre en el que se informa a los tenedores de trigo que todo el término nacional viene obligado a hacer una declaración jurada de la cantidad de kilos recogidos, procedencia, etc.

Del año 1933 también aparecen varios bandos relacionados con el trabajo y sobre la declaración de los tenedores de trigo. En el del 4 de marzo, avisa el Ayuntamiento a los colindantes del Camino de Murcia a una reunión para remediar el paro obrero. En el del 1 de septiembre, el Ayuntamiento pide a los tenedores de trigo que informe a la Jun-

ta local de sus existencias y también a los vendedores de trigo. Las multas a las operaciones clandestinas no serán inferiores al cincuenta por ciento del objeto de la compra-venta. En otro del 13 de octubre, se informa a los obreros en paro para que pasen por la Inspección de Vigilancia a recoger número para ser inscritos en el censo correspondiente. Y en el del 24 de octubre se anuncia por la Delegación Provincial de Trabajo elecciones para designar tres vocales patronos y tres obreros para integrar la Comisión Inspectora de la Oficina de Colocación de Obreros.

El 31 de marzo de 1934, el Ayuntamiento avisa en un bando de que se abre concurso para la precisión de plazas masculinas y femeninas para la Oficina de Colocación Obrera. Cada una de ellas con un haber de 2.300 pesetas anuales.

De 1935 no encontramos bandos sobre estos temas. Pero de 1936 aparecen ocho, los cuales nos informan de la situación alarmante que padecen los trabajadores más desfavorecidos. El primero de estos bandos es del 6 de mayo, en el que el Ayuntamiento informa que a partir del lunes se abrirán las listas para anotar a los parados que se irán turnando en los arreglos de caminos vecinales de la ciudad. En el siguiente que es del 13 de mayo, se ruega a los dueños de las obras saquen de la Oficina de Colocación Obrera a los trabajadores a fin de que sea

repartido el poco trabajo existente. El 18 de mayo hay otro en el que el Alcalde Juan Pacheco hace un llamamiento a los propietarios de fincas que, ante el excesivo número de parados se abstengan en absoluto de emplear a las mujeres en el desbarbado y muñido de viñas y se contrate solo a hombres y mujeres viudas con la autorización de la Alcaldía. En otro del 22 de Mayo, se dispone la obligatoriedad de retirar de estas Oficinas a los obreros parados para hacer toda clase de trabajos agrícolas. Los propietarios infractores serán sancionados. En el del 31 de julio se anuncia que se ha dado de baja a los obreros que no se han presentado para hacerlo. Advirtiendo a los obreros agrícolas que no se encuentren en paro forzoso, que se inscriban nuevamente para solucionar su problema. En el del 2 de agosto, se conviene la necesidad apremiante de proceder a la colocación de obreros parados, pues por las circunstancias que atraviesa la nación, vuelven los modestos segadores sin haber efectuado su trabajo de siega en Aragón y otros puntos sin haber conseguido jornales, aumentando esto la agobiante situación de sus hogares que ya dejaron amenazados por el hambre. Es de esperar que la patronal atienda a los envíos de obreros que a cada uno se les asignen para emplearlos durante treinta días. El 13 de septiembre, el Presidente de la Oficina de Colocación Obrera, informa que ante la inseguridad que existe entre los obreros agrícolas se han hecho ges-

tiones con la provincia de Valencia para que puedan marchar a Sueca a la recolección de arroz aquellos parados agrícolas que sepan realizar este trabajo. En el día 23 de septiembre, el Ayuntamiento de Villena advierte al de Yecla que en la próxima recolección de uva se deben abstener de ir a trabajar allí hombres y mujeres de Yecla, ya que tienen 3000 obreros parados y podrían ocurrir incidentes. Así de difícil y de cruda tenían la situación los jornaleros de nuestro pueblo en esta época.



Foto 3. Casa de un jornalera. Foto Puche Forte. 1989.

En el año 1937 aparece un bando muy elocuente fechado el 10 de octubre, en el que el Alcalde anuncia por medio del Teniente Coronel 1º. Jefe del Regimiento de Caminos N°2, la necesidad de personal para la reparación de carreteras en la retaguardia y alejadas del frente, en las provincias de Almería, Ciudad "Leal", Jaén y Toledo. 5,75 pts. de jornal, más 2,25 de abastecimiento.

De 1938 no aparece ningún bando sobre estos temas. Los que tenemos de 1939 pertenecen a la época de la posguerra o dictadura. La situación sigue siendo muy difícil en estos años. El primero de estos bandos está fechado el 13 de mayo y en él se informa de los jornales agrícolas. En cuanto a la siega a brazo: Regadío, 11 pts; riego a motor, 10,50; secano, 10; mujeres, 6; y zagales, 5 pts. El 29 de mayo aparece otro de regulación de trabajo y jornales, en el que los precios son los mismos que en el bando anterior. En el del 11 de agosto se informa que se precisan obreros para la recogida del esparto.

De 1941 tenemos dos bandos sobre estos temas. Uno de ellos nos describe la angustiada situación del racionamiento. Es del 20 de febrero y certifica el abastecimiento de raciones del término municipal: Casco de población, 25.038 raciones; pedanía de Raspay, 859; Asilo de Ancianos, 105; Asilo de San Vicente, 116; Cárcel, 15; Auxilio Social, 229. To-

tal, 26.312 raciones. El otro fechado el 1 de junio nos informa de jornales mínimos semanales para los trabajadores del campo. Siega de cereales en general, 12,85; descanso dominical, 2,15; total, 15 pts. Siega mujeres y muchachos, jornal 8,40; descanso dominical, 1,40; total, 9,80.

Sobre estos temas aparece otro fechado el 2 de febrero de 1942, en el cual pide el Ayuntamiento a los patronos el total de personas empleadas y el número de mutilados (de guerra) que se encuentran en sus dependencias.

Tenemos otro del 30 de abril de 1943 en el que se dan normas para la recolección de cereales, de la abundante cosecha de este año: 1º Ningún segador podrá trasladarse fuera de la provincia mientras haya trabajo en el término. 2º No será admitido en esta localidad ningún trabajador procedente de otra si no va provisto de una autorización. 3º No será admitido ningún obrero de otra localidad mientras hayan segadores en la localidad que puedan efectuar las faenas. 4º Terminada la recolección del término, se facilitará a los segadores que lo soliciten la "*Cartilla del Segador*".

No vamos a seguir deteniéndonos año tras año para analizar la situación del jornalero yeclano, ya que con lo expuesto nos podemos dar una idea de la situación y de su padecimiento a lo largo del tiempo. Si diremos que poco a poco, su



Foto 4. Cocina de la casa de un jornalero. Foto Puche Forte. 1990.

circunstancia fue mejorando algo. Con el paso de los años el jornal diario subió a 20 pts. después a 25. Sería allá por el 1953 cuando el jornal de siega después de largo debate en la Hermandad Sindical de Labradores de la C.N.S. se pagó a 45 pts. A este año se le conoció popularmente entre los jornaleros como el de los "*nueve duros*". También hay que tener en cuenta que si el salario iba subiendo, también subía el coste de la vida. Esta dura vida del segador yeclano que fue desapareciendo a finales de la década de los años cincuenta del pasado siglo XX,

cuando las grandes máquinas segadoras les fueron suplantando por ser más rentables y rápido su trabajo, quedando estos desfasados. Después, solo quedó el recuerdo de aquél duro trabajo de la siega.

La pobreza del jornalero

El jornalero yeclano, podemos decir que, ha sido el paladín más esforzado en los duros trabajos de la agricultura. Sin embargo, también ha sido el peor mirado, el peor vestido y el más pobre en cuanto a salario.

Hoy que los tiempos son otros disfrutamos de una prosperidad económica, donde cada familia dispone de uno o más coches para su servicio y que, afortunadamente, no falta el trabajo, podemos analizar con serenidad la vida del antiguo jornalero yeclano de principios del siglo XX y comprobar el abismo que media entre un trabajador de la época actual, con las penalidades y miserias que padecieron aquellos hombres de antaño.

No debemos de extrañarnos de que estos se revelaran y lucharan contra la injusticia por conseguir unos derechos más humanos, llegando a organizarse para defenderlos, ya que de ellos dependían sus familias, que llegaban a veces hasta pasar hambre. Por defenderlas, estuvieron dispuestos a todo, incluso a perder la vida.

El jornalero siempre ha sido el más pobre de la escala social, por debajo de él solo quedaban los mendigos y gitanos. Su trabajo era agotador en horas y en esfuerzo. Ellos realizaban las más duras faenas agrícolas, tales como la siega, la recogida del esparto, el ahoyado, etc. La mayoría de estas faenas eran realizadas a destajo. A pesar de ello, su salario era escaso, llegando a un máximo de 1,25 pts. en un día de siega. Este, a veces, no le alcanzaba para vivir decentemente, ya que el trabajo no era estable, teniendo que emigrar en ocasiones a lejanas tierras a segar, a plantar arroz, etc.

Los jornaleros yeclanos vivían generalmente en la parte alta de la ciudad, o en los extremos de la población en casas "tejavanas" (de una sola planta). También ocupaban las insalubres "escamblicas" que habían encima de algunos postigos. Sus pertenencias eran pocas. Unos catres para dormir, unas arcas de madera para guardar su ropa y un pequeño lavabo de madera componían su dormitorio. Una mesa y unas cuantas sillas de las de asiento de anea, alguna tinaja y unos cuantos útiles para la cocina eran todos sus bienes. A esto había que agregar las herramientas necesarias para desempeñar su labor. Los más afortunados poseían un burro al que cuidaban con gran estima, ya que era su único medio de carga y transporte. Después, algunos tendrían bicicleta. La familia solo disponía de lo preciso y a veces, hasta tenía que pedir

de fiado en las tiendas, sobretodo cuando el hombre tenía que salir a trabajar fuera de Yecla por largas temporadas.

Su cultura era más bien escasa, ya que el que tenía la suerte de ir a la escuela tenía que dejarla pronto para poder ayudar a sus padres en el trabajo. Al ser largas las jornadas y mucho su cansancio, llegaban a sus casas agotados, solo tenían ganas de hablar con los suyos o de ir a tomar unos vasos de vino a la taberna más próxima, que era su lugar de tertulia y de información.

Al escasear el trabajo, tenían que aguantar el avasallamiento de su manejeros y patronos exigentes, "*amos*" como ellos les llamaban, aguantando bajo salarios y a veces hasta malos tratos y desconsideraciones. Aún que también habían personas que los trataban bien y sabían reconocer su trabajo.

Su vestido era pobre y escaso. Casi todos llevaban gorra o boina, si llevaban sombrero era el de paja para aguantar el sol durante la jornada. Una camisa, un chaleco y unos pantalones, a veces remendados con "*rodilleras*" y "*culeras*" y unas alpargatas, eran su indumentaria. En vez de chaqueta, usaban la típica blusa de volante. Generalmente tenían dos; una negra para los días de fiesta y otra gris o parda para el trabajo. Solo tenían un traje que estrenaban en el día de su boda, que solo se lo ponían para las gran-

des ocasiones. Traje que en la mayoría de los casos se lo ponían de mortaja cuando morían. En cuanto a calzado, raramente usaba zapatos. Para el trabajo se calzaban con abarcas de goma o con alborgas de esparto que se hacían ellos se hacían ellos mismos y para vestir, usaban alpargatas con suela de cáñamo o esparto. En el invierno se protegían con una buena camiseta afelpada y con calzoncillos largos hasta los pies, llamados popularmente "*pulgueros*" y pantalón de pana. En los días más crudos del invierno se abrigan con una manta o un capote de sargueta. A finales del siglo XIX, algunos llegaron a llevar capa parda que heredaban de sus abuelos. El llevar capa era requisito casi indispensable para asistir a los entierros en esta época.

Las mujeres también vestían pobremente. Unas "*enaguas*" o falda hasta los pies, una blusa y un delantal. Sobre los hombros se ponían una toquilla de lana y cubrían su cabeza con un pañuelo. En los días del invierno usaba un gran mantón para protegerse del frío.

En cuanto a los niños, siempre llevaban pantalón corto con tirantes, camisa y alpargatas y en los días fríos un abrigo.

Si el vestir del jornalero era escaso, más aún lo era su alimentación. Esta era reducida y poco variada. Los cereales, el pan, algunas hortalizas, las sardinas sa-

ladas y el bacalao, etc. eran su principal alimento. En caso de excepción como bautizos, bodas, fiestas, o en enfermedades graves, utilizaban alimentos básicos como carne, pescado fresco, leche y huevos. Uno de los alimentos más empleados eran las gachasmigas, a veces las hacían con oruga y otras la acompañaban con tocino. La comida del mediodía consistía principalmente en arroz, ya fuera con collejas o "pava" (coliflor). "*Olla gitana*", patatas en caldo, farinetas y a veces "trigoentero", etc. Para la cena abundaban las patatas fritas, ya fueran a "*montón*" o a "*palicos*", o mojes de tomate, cebolla y bacalao, etc. Al acabar la temporada de siega, el patrón acostumbraba a invitar a los segadores a unos gazpachos. Los más generosos llegaban a matar un cordero. En las grandes fiestas se acostumbraba el hacer unos gazpachos y en las fiestas de la Virgen, pelotas de relleno.

Los que tenían corral en sus casas criaban conejos y gallinas para el abastecimiento y el que se lo podía permitir, alimentaba un cerdo, ya que este le aseguraba la comida por un tiempo. Generalmente, la dieta del jornalero era pobre en proteínas, y al ser duro su trabajo, consumían muchas calorías, razón esta por la que envejecían prematuramente.

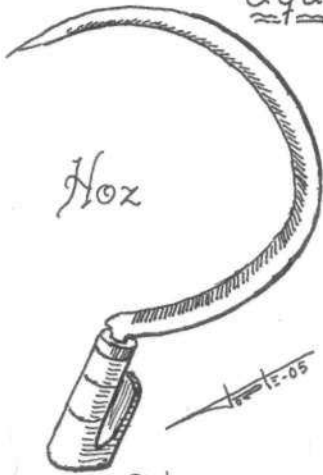
Las fiestas de los jornaleros eran pocas; las de la Virgen, la cual estaba organizada por medianos y pequeños propietarios agrícolas. La Feria de Septiem-

bre, cuya diversión era pasear por esta y visitar el ganado que ponían en ella. Los toros y otros espectáculos a veces no estaban a su alcance. Las de San Juan con sus verbenas y bailes populares. Los carnavales con sus disfraces callejeros en grupo y los bailes particulares o de calle, y la Semana Santa, pero esta era muy restringida en diversiones, ya que no habían espectáculos y en los cafés no dejaban echar partidas de juego. Como única alternativa quedaba el ver las procesiones. A partir de 1915 empieza a celebrarse el 1º de Mayo en el cerro de la Fuente. Allí merendaban, bailaban y ejercían otras diversiones. Uno de los espectáculos especiales en los días festivos era el cine.

Apesar de que la gran mayoría de los jornaleros pasaban de lo religioso, al menos una vez al año pisaban la iglesia para confesarse y comulgar. Esto lo hacían principalmente en las fiestas de la Virgen o por "*Pascua Florida*" en Semana Santa.

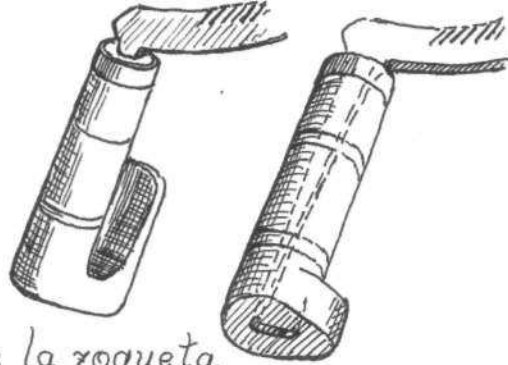
Muchas otras cosas se podrían contar sobre las costumbres de los jornaleros en cuanto al noviazgo, boda y otros acontecimientos sociales. Pero con lo expuestos, nos podemos dar una ligera idea de su vida austera. Estos trabajadores incansables y luchadores, hicieron posible en gran parte el cambio de la sociedad yeclana. Hoy que vivimos de una forma más desahogada y despreocupada, debe-

Equipo del segador



Hoz

Empuñaduras

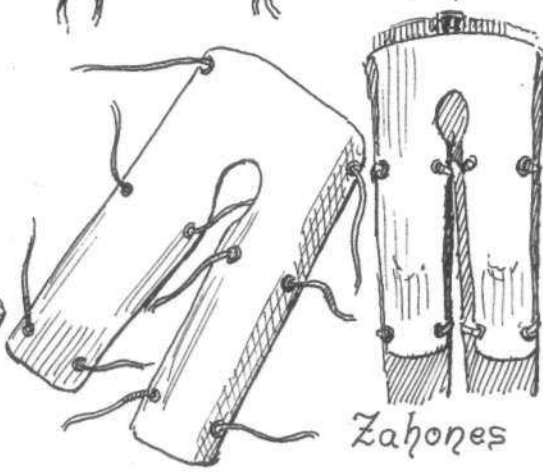
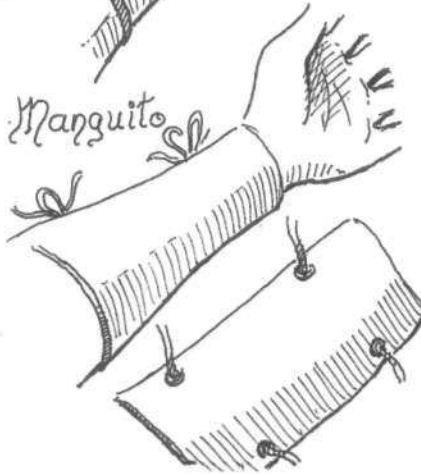
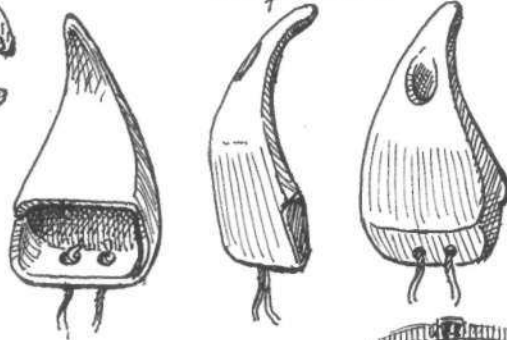


Colocación de la zoqueta



Manguito

Zoqueta



Zahones

mos de tener un recuerdo hacia ellos ya que fueron los que en parte nos allanaron el camino".

El duro trabajo de la siega

Si las faenas agrícolas eran duras de por sí, debido al esfuerzo continuado, junto a la inclemencia de la climatología y a las interminables y agotadoras jornadas de trabajo; he de decir que, posiblemente, uno de los trabajos más duro era el de la siega de la mies.

El segador era un hombre sufrido, ya que su trabajo lo realizaba en la época más calurosa del año, generalmente en junio y julio. Las agotadoras y largas jornadas bajo un sol de "*justicia*" y el ritmo de trabajo, las hacía eternas.

Generalmente, la mayoría de estos segadores eran jornaleros y pequeños propietarios. El pequeño agricultor hacía la siega en familia, ayudado por uno o dos jornaleros. Muchos de estos jornaleros para asegurar su salario tenían que salir a segar muy lejos de Yecla, ya fuera al Campo de Cartagena en donde la siega era más temprana o en Castilla y Aragón, conocido popularmente como "*Tierra Baja*" que era más tardía. También acudían a la siega del arroz al Reino de Valencia. Pero todo sacrificio era poco para sacar a la familia adelante.

Mucho se podría hablar de la lucha que llevaron estos hombres por mejorar sus condiciones de trabajo. Antiguamente sus jornadas de trabajo eran de "*luz a luz*" (desde el amanecer hasta la anochecida), después de "*sol a sol*" (desde la salida de este, hasta la puerta), hasta que por fin, allá por 1916, lograron la jornada de ocho horas. Pero mejor hablemos de su trabajo y de como lo realizaban, para lo cual nos centraremos en el sistema que se llevaba en las grandes fincas.

Para segar las grandes extensiones de mies de un mismo propietario se contrataban a varias "*cuadrillas*", las más numerosas llegaba a tener quince a veinte hombres. Cada "*cuadrilla*" era dirigida por un "*manejero*", que era el que hacía el trato y ajustaba el precio de la siega. Estas, generalmente eran elegidas por el mayoral o "*manejero*" del dueño de la finca. A veces salían a buscar a estos jornaleros a la Plaza Mayor, que era el lugar de reunión de todos los parados, o como diríamos hoy día "*la bolsa de trabajo*". Allí se elegían a dedo aquellos que al mayoral le interesaban.

Por cada cuatro o cinco segadores se elegía a un "*guía*", que por lo general era el hombre de confianza del "*manejero*". Este es el que iba abriendo tajo. Cada uno de estos grupos hacía un "gavillero" de haces, En las "*bebías*" (de agua), que se hacían cada hora, si hacía mucho calor, se "*echaba un cigarro*".

Este se fumaba de pie, mientras este duraba era el tiempo de descanso. Por lo general se hacían tres "*bebías*" por la mañana y dos por la tarde. En cada "*bebía*" se cambiaba al que ataba los haces. Durante las largas jornadas se hacía un descanso de veinte minutos a mitad de la mañana y otro por la tarde para la merienda.

El almuerzo se componía de gachasmigas o patatas fritas a "*montón*". Cuando los segadores iban fuera de Yecla, o en estas grandes fincas, la "*cuadrilla*" elegía a uno como "*ranchero*". Este conservaba el puesto mientras sus compañeros estaban a gusto con el rancho. El "*ranchero*" era el encargado de llevar en la burra los "*vencejos*" (sogas para atar las haces), las cuales habían estado en agua durante la noche anterior, estas eran las precisas para atar lo segado durante el día. Estas se ponían a la sombra o se metían bajo tierra para que conservaran la humedad.

"*El ato*", lugar elegido a la sombra, si se podía, era donde estaba el agua y las pertenencias, se promediaba a fin de que al hacer la "*bebía*" a todas las cuadrillas les viniera a la misma distancia. La comida se hacía a la una del mediodía. Esta consistía generalmente en arroz con collejas y orugas, pimienta y tomate, o arroz con patatas. A veces se hacían "*creillas con caldo*" (patatas) y "*trigoentero*". El descanso del mediodía

era de algo más de dos horas, durante el cual se echaba una pequeña siesta.

Según el trato hecho con el patrono, este daba el aceite, el vino y la harina necesaria para las comidas. Acabada la siega, los más generosos, acostumbraban a matar un cordero para dar como recompensa una buena comida a los segadores.

Si la siega se hacía lejos de Yecla, cada familia de segadores llevaba su burra, la cual era atada en los rastrojos a una estaca de hierro con una anilla clavada en tierra, para que comiera de estos.

Los segadores realizaban su faena agachados, uno detrás de otro, cada uno por un surco, siguiendo al "*guía*". Las gavillas que iban haciendo, una vez atadas, se colocaban en caballones de diez o veinte haces. Había otros sistemas de colocación de gavillas, tales como el "*tresnal*" y la "*muela*". Los tresnales se podían hacer también de diez o veinte haces, generalmente era el sistema empleado para el trigo, la mitad en cada uno con las espigas cruzadas y hacia dentro. Esto se hacía para proteger el grano de los pájaros, la lluvia y las tormentas. Cuando las pajas eran cortas se cruzaban las manadas de los haces a fin de que estos no se deshicieran. La avena y la cebada se acostumbraba el poner las manadas también cruzadas. Lo segado durante el día se tresnalaba si el tiempo amenaza-

ba lluvia o tormenta. A veces, cuando se engavillaba, se le daba un golpe al haz y se dejaba posada con las espigas hacia arriba. La "*muela*" eran también de diez o veinte haces colocados en doble fila. El "*tresnal*" también se solía hacer en sentido piramidal; cuatro haces, tres, dos y uno, a veces colocados en doble fila para proteger las espigas.

En una cosecha de producción media, un hombre solía segar al día entre tres o cuatro caballones (30 ó 40 haces). Un caballón solía dar algo más de una fanega de grano (55 kg y medio). Si el año había sido malo, podía bajar hasta la media fanega (27 kg 750 kg). El segador, llevaba en su brazo izquierdo un manguito de cuero o lona para apoyar las "*manas*" o manojo de espigas. La mano izquierda se protegía del filo de la hoz por medio de la "*zoqueta*", especie de guante de madera. Las hoces fabricadas en Yecla llegaron a alcanzar cierta fama. El segador acostumbraba a llevar dos hoces como prevención ante posibles roturas. Los "*zahones*" eran otros de los elementos de protección del segador. Estos eran de lona e iban atados a la cintura y a las piernas por medio de cintas. Y, por supuesto, el sombrero de palma para protegerse del astro solar.

La vida de los jornaleros que salían a segar lejos de Yecla era dura, penosa y triste. Después de un largo y agotador viaje hecho en burro o en bicicleta y a

veces en tren, y el tener que dejar sola a la familia durante más de un mes. A veces tenían que dormir a la intemperie en el mismo bancal en que segaban. Algunos volvían desmejorados y escualidos de la dura temporada.

Cuando salían del pueblo lo hacían en largas caravanas de burros. Se despedían de los suyos y al partir hacían sonar las caracolas que llevaban como reclamo. Cuando estas se escuchaban de nuevo a su llegada, toda la familia se regocijaba con su vuelta entre llantos de alegría por verlos de nuevo. Era esta una escena emotiva y entrañable que alegraba a todos los yeclanos. Pero de todo esto hablaremos más extensamente en el próximo apartado.

Las mujeres generalmente se dedicaban a espigar (recoger las espigas de los rastros). Estas tenían que pedir permiso al dueño de la finca cuando la mies estaba todavía en los bancales. Si la cosecha se había recogido no era necesario. A veces ocurría que los dueños de la finca no las dejaban entrar para que espigaran.

Para espigar, la mujer acostumbrada a llevar un gran delantal que cogía de las dos puntas para echar en él las espigas recogidas. Cuando llenaba este lo viciaba en un capazo o en un saco. Cuando las espigas llevaban algo de tallo lo ataban en pequeños manojos trenzando los

tallos de la espigas y atados con las mismas pajas.

Existen bandos que anuncian que para coger hierba lo mismo que para espigar es necesario ir previsto de un permiso por escrito expedido por el dueño de la finca.

En años de mucha cosecha la mujer segaba en

bancales pequeños y generalmente en terreno propio. Pero casi siempre iban con ellas uno o dos hombres; uno hacía de "guía" y el otro ataba la mies. También acostumbraban a segar los chiquillos, para muchos de estos servía como iniciación en este trabajo. También cuando la cosecha era escasa, es cuando más se utilizaba a la mujer. Pero estas, nunca segaban en las grandes fincas. A estas se las empleaba como rancheras para los segadores.

Hubo algunas mujeres que tenían fama de segar mejor que muchos hombres y de ser más rápidas en el trabajo, pero su salario siempre fue mucho menor que el de estos.

Se decía de Carmen "la Ciezana", hija de la "tía Quitola", mujer recia



Foto 5. El trabajo de la siega. Década de los años cincuenta. Foto Archivo Tani.

y corpulenta, que tenía fama de segar como el mejor segador y que pocos eran los que le echaban delante en la siega. .

A pesar del duro trabajo de la siega, el jornal era escaso, como ya hemos visto anteriormente. Antes de la Guerra Civil, el salario de un jornalero en una jornada de diez u once horas de trabajo no sobrepasaba los veinte reales. Después subiría a seis pesetas. Sería allá por 1935, cuando este alcanzó las diez pesetas diarias. Con el paso de los años subió a veinte, después a veinticinco pts. Así hasta que en el año 1953 por un jornal de siega llegaron a pagarse cuarenta y cinco pesetas. Como ya dijimos, a este

¹² P. Bañón Serrano y Maximiliano G. Soriano, *Zarandejas. Imp. de A. Serrano. Yecla 1898.* pp. 105 y 106.

Prensa local años 1888-1936. Hemeroteca Casa Municipal de Cultura.

A.H.M.Y. Archivo Histórico Municipal de Yecla. Bando y Edictos de Alcaldía. Legajos 16 al 23.

año se le conoció popularmente como el de **La siega fuera de Yecla** los "*nueve duros*". Al igual que subía el salario subía el coste de los alimentos.

La siega coincidía a veces con la aquella en la que parte del pueblo salía recogida del esparto, entonces disminuía la a recibir a los segadores que venían de plantilla de los esparteros, ya que estos se lejanas tierras, al escuchar el ronco so iban a segar por serle este trabajo más nido de las caracolas que avisaban de su rentable. También hay que decir que



Foto 6. Los segadores. Década de los años cincuenta. Foto Archivo Tani.

los segadores no participaban en la carga de la mies, si no eran pequeños propietarios, ni tampoco en el acarreo de esta hacía la era.

Un promedio del 50 al 60 por ciento de los segadores yeclanos para asegurar su manutención y la de su familia durante el año, se veían obligados a salir a segar fuera de Yecla, pero de esto hablaremos a continuación.

Puede que para algunas personas parezca una estampa típica y romántica Hombres extenuados por el cansancio de la larga caminata y pos las largas jornadas de siega en tierras extrañas y que si estaban contentos era por que estaban deseando abrazar a los suyos y por que traían dinero para alivio de sus familias. Pero la realidad era muy diferente como iremos viendo.

No obstante veamos como algunos escritores nos describen esta estampa, realista y desgarradora, con unos rasgos de romanticismo. Maximiliano García Soriano nos la describe de una forma bucólica en el libro "*Zarandejas*" publicando allá por 1898¹², en su poesía "*Los Segadores*", que dice así:

"Ya vienen los segadores contenticos de Aragón,

y subios en sus burras y tocando el caracol. ¡Que porsequera que arman y que ruido más atró...! ¡Que placer los probes sienten dentro de su corazón...! Van desfalijs sus ropas, y tostaicos der sol, tan eslangüos que al vellos naide diría quien son. Llegan tos muy alegricos, y'es que su dicha es mayó dende que vieron de lejos er pueblo de su ilusión; con sus torres artiruchas, la alamea er labao, los jardines y er Castillo donde está la Conceción la que siempre los ampara cuando á sega se van tos. A esperalles toicos vienen, y'en continua confusión, lloran, vocean, se abrazan, cesando allí tó el doló. Y mientras pasa esta escena que remueve el corazón, alegra toa aquella cosa el ruido ensordecadó del tú tú tú tan extraño que sale del caracol".

También el semanario local "*La Razón*" N°4 del 5 de septiembre de 1925, nos ofrece un artículo de corte literario que titula "*El retorno de los segadores* ", escrito por José Molina Romero, que dice así:

"A lo largo de la carretera van caminando los segadores que partieron de la ciudad natal en los comienzos del estío cual esforzados peregrinos del trabajo para arrancar de las tierras lejanas un puñado de monedas, que luego, en los tristes días de la invernada, habrán de convertirse en pan y en sustento, con que remediar las horas crueles de miseria que pudieran sobrevenir al no ser previsores.

Ruda y fatigosa en extremo fue la labor de estos valientes, realizada bajo la lumbre de oro del sol, en los dilatados terruños de la inmensa llanura castellana; pero ahora, alegres y contentos por que el jornal fue bueno y los ahorros grandes, retornan a sus hogares humildes, llevando en el pecho una sed insaciable de caricias y un loco deseo de besos familiares en el corazón.

Hacen el camino largo y pesado fácilmente, por que los empuja la felicidad hacia los codiciados brazos queridos que aguardan ansiosos, allá en el pueblo de sus amores, cuyos edificios se tienden perezosamente al abrigo del monte, en cuya cúspide se destaca el azul Santuario del Castillo guardador de la fe de sus almas sencillas.

Ya están a las puertas del poblado, laten con fuerza los recios corazones; un mozuelo curioso de contemplar los ojos negros de su novia da al aire las notas

agudas de un bello cantar de amores y las viejas caracolas esparcen roncamente sus sonos marinos en la serenidad gloriosa de la tarde como anuncio de bienvenida.

De repente al doblar una esquina los viajeros encuentran a los suyos, y llenos de emoción y gozo enlazan los brazos con afán, unen con presión los labios unos y otros, y acaso asoman lágrimas de placer a los ojos al dar gracias a Dios por que han podido volver sanos y salvos de la ruda peregrinación.

Luego, en las casas pobres y limpias de los trabajadores, en íntimas escenas de brillante colorido, van dando cuenta los recién llegados de su viaje y ante los ojos asombrados de los nenes, aparecen los regalos llegados de extraños países, que causan gran alborozo y contento en la chiquillería.

A la noche y tras la cena suculenta preparada para celebrar el arribo de los fuertes luchadores de la vida, organizanse fiestas y bailes llenos de alegría y los jóvenes triunfadores y las mozas bellísimas y sanas de esta tierra bendita, trazan sus planes para el futuro mientras van hilando llenos de rubores el mágico velo de la ilusión, con la seda de sus quiméricos ensueños.

Se escuchaban las notas agudas de los laudes, los recios sonidos de la guitarra y las claras vibraciones de los cantos

populares a cuyo ritmo trenzan las parejas los pasos graciosos de la danza.

Cuentan los viejos en tanto la desgracia de aquél que partió lleno de esperanza y de brío y en lugar de encontrar el puñado de plata que ansiaba halló la enfermedad y la muerte, llenando de luto un hogar; y al hacer este comentario de la nota trágica, que nunca puede faltar en la comedia del humano vivir, contienen los hondos suspiros y las lágrimas que pugnan por asomar a los ojos, al recuerdo del compañero bueno que cayó en la lucha; por no turbar el gozo de la gente joven, que siguen sus cantos y sus danzas... por que así es la vida, un violento contraste de alegría y dolores, mezclados arbitrariamente por la mano invisible de la vesánica Fortuna.

He aquí unas escenas que se repiten años y años en la quietud de las horas pueblerinas y he aquí que estas escenas nos hablan al corazón, contándonos quedamente los afanes y las penas, la cruenta lucha y el placer también de los honrados y fuertes segadores, héroes del trabajo, santo y redentor, que saben cumplir fielmente con aquél divino mandato que a todos nos impuso la obligación de ganar el pan con el sudor de nuestra frente. *"Yecla y agosto de 1925. José Molina Romero "*.

Después de haber contemplando el panorama de la siega fuera de Yecla

de una forma romántica y literaria, pase-mos a la cruda realidad que padecieron estos hombres y que no todos podían soportar. Esta emigración temporal se repetía año tras año a través del tiempo, pasando de generación en generación como ya hemos visto anteriormente.

Para tener una idea más real del panorama, diremos que todos los años salían a segar fuera de Yecla unos 3.500 jornaleros, de los cuales muchos vol-vían enfermos y extenuados por el gran esfuerzo que realizaban.

Antiguamente, muchos marcha-ban a pie, otros lo hacían en burro, el que tenía. Después algunos usaron el tren o el autobús y también la bicicleta. La temporada de emigración de la siega, que era la más importante de todas, se iniciaba a últimos de abril o primeros de mayo con la siega en el "*Campo de Cartagena* ", Torrepacheco, San Javier, Los Nietos, Balsicas, etc. Después volvían para la siega de Yecla. Muy pocos eran los que salían a segar a tierras manchegas. Si salían muchos, al acabar la siega de Yecla, al "*Reino*" de Valencia, generalmente a Sueca, a la siega del arroz y a la trilla. Continuaban después en "*Tierra Baja*" (Bajo Aragón), Teruel, Zaragoza, etc. Luego iban a Guadalajara y a Soria, terminan-do algunos en Burgos, regresando ya en septiembre.

Según Ángel Pascual Martínez Soto¹³, esta migración o recorrido que el llama justificadamente "*el itinerario de la miseria*", tenía varias opciones después de la siega de Yecla. Una era, Valencia, Teruel, Zaragoza, Otra, Valen-cia, Teruel, Zaragoza, Lérida, Navarra. Y una tercera, Valencia, Teruel, Zaragoza, Soria y Burgos. Aniceto López Serrano¹⁴, nos dice con toda crudeza: "*Iban a luchar con la rudeza del tiempo, a expo-ner su salud, quizás sus vidas, por traer un mendrugo de pan a aquellos pedazos de su alma que quedaban solos en el pueblo*". Buscaban un dinero para salir de sus deudas, o para atender los gastos en caso de enfermedad grave de alguno de la familia, o quizás pagar lo debido en las tiendas, también para preparar su boda o la de sus hijos, o remediar cual-quier otra necesidad urgente.

La formación de estas cuadrillas se organizaban antiguamente en la Plaza Mayor, también a veces en las tabernas, o en la Casa del Pueblo, cuando los jor-naleros se fueron organizando. Muchos de estos segadores empezaban a segar fuera de Yecla a los 17 ó 18 años, y se-guían hasta que sus facultades físicas se lo permitían. Algunos aún salían a segar con casi setenta años. Como ya dijimos anteriormente, estas cuadrillas se compo-nían a veces de doce hombre o más, pu-diendo llegar hasta veinte. Estos estaban dirigidos por un "*manejero*", que era el hombre de confianza del grupo. Este se

¹³ Ángel Pascual Martínez Soto, *Jornaleros de Yecla: Orígenes de una militancia socialista (1900-1928)*. Edit. Universidad de Murcia. 1989.

¹⁴ Aniceto López Serrano, *Yecla un ejemplo de Socialismo Agrario (1914-1918)*. Edit. Academia Alfonso X El Sabio. Murcia, 1989.

conocía bien el oficio y tenía largos años de experiencia en estas cuestiones de organizar la siega. Era el que contrataba el trabajo y los precios con el patrón, bien por escrito o adelantándose a los segadores en su marcha. Se le tenía como hombre responsable y era un buen negociador. También tenía una cierta cultura en saber escribir y entender de cuentas y gozaba de un gran prestigio entre los segadores.

Una vez organizada la cuadrilla se hacían los preparativos para el viaje en caballerías, arreos y demás útiles necesarios, tanto para cocinar como individualmente, sin olvidar el equipo compuesto por un par de hoces como mínimo para prever casos de rotura. También alimentos, ropa y un saco para llenarlo de paja, que le serviría de colchón. Según el lugar elegido o el medio de desplazamiento solían tardar entre cuatro y diez días en llegar a su destino.

Cuentan los antiguos, que en aquella época acostumbraban a reunirse las cuadrillas, para salir todos juntos en lo que hoy son las calles de San Bartolomé y del Ángel. De ahí que a esta calle se la conociera popularmente como *"el callejón de los burros"*. Desde ahí partían todos hacia su destino y, a la salida del pueblo hacían sonar sus caracolas como despedida.

Una vez en la finca, se elegía a uno como cocinero de la cuadrilla, tal como

ocurría en la siega de las fincas yeclanas. Otras veces, eran las mujeres de la finca las que guisaban para los segadores, sobre todo en *"Tierra Baja"*. En algunos lugares tenían que dormir al raso en el bancal, sobre la saca de paja, o en pajares, establos, o tinas para el ganado. Aquellos que disponían de dos atos de ropa, tenían que lavárselas. Si solo tenían uno, a veces no se cambiaban en todo el tiempo.

El trabajo, la mayoría de las veces era a destajo, contratado por un tanto, cuanto antes lo hacían más cobraban, de ahí que en ocasiones trabajaran en noches de luna. En plan de broma decían: *"Vamos a segar un trozo para hacer lado para la cama"*, lo cual equivalía a segar una o dos horas. Las jornadas llegaban a ser agotadoras, llegando a trabajar quince o dieciséis horas al día.

Terminada la siega, que según el lugar elegido solía durar sobre un mes, emprendían el viaje de regreso. Cuando llegaban al pueblo, hacían sonar las caracolas para avisar de su llegada. Y como ya hemos comentado, sus familiares y amigos salían a recibirlos con alegría y lágrimas en los ojos. Este proceso se repetía todos los años, generación tras generación.

Mientras los segadores estaban trabajando fuera de Yecla, sus mujeres iban a la tienda a comprar los alimentos

de fiado. Era esta una costumbre muy extendida. El dueño de la tienda tomaba nota del género que se llevaban y al acabar la siega, con el dinero ganado se iban pagando todas las deudas contraídas.

Para ofrecer un testimonio más directo sobre la siega fuera de Yecla, entrevistamos a tres hombres que la realizaron durante años, para que nos hablaran de sus experiencias. El primero de ellos, fue Antonio Martínez Bautista "*El Chichano*", ya fallecido. El me contó que a últimos de abril o primeros de mayo salían para la siega del Campo de Cartagena, que era más temprana que la de Yecla, visitando varios pueblos. Decía que allí recibían buen trato, dormían en las casas de los patronos y acostumbraban a darles la comida. En la parte de Elche eran "*mal mirados*", ya que a veces tenían que ir a dormir a una posada o en viejas casas de campo casi abandonadas. Las cuadrillas más numerosas de segadores que el recordaba solían ser de dieciséis a veinte personas, de cuando iban a segar a "*Pozo Carril*", término de Almansa, cercano al de Yecla. En Soria y Burgos empezaban a segar después de San Pedro y en Lérida y Huesca en junio. A estos lejanos lugares iban generalmente en tren. En época antigua acostumbraban el hacer el viaje en burro.

Antonio era un hombre curtido en las labores del campo. Cuando ya fue mayor, en sus escasos ratos de ocio es-

cribía poesías. Una de ellas se la dedicó a la siega: "*La siega: caracolas y caminos*", de la cual vamos a sacar unas cuartetas al azar:

"Caracolas y caminos, retozos de burras pardas. Días de sudor y de siega bajo un tórrido sol que abrasa.

En temporadas de siega midió todas las distancias, pisando las tierras secas de Castilla y de la Mancha.

Días de sol y de siega, de jornadas mal pagadas, rodando de pueblo en pueblo por el valle y la montaña.

Cuando llegas a la noche un pajar tienes dispuesto, con una manta trapera te harás la "*rosca*" en el suelo.

La siega está terminada y se vuelve de regreso, con unos duros ganados a costa de mucho esfuerzo.

Aquí todos los zagales y las mocicas más altas, esperan a las cuadrillas que vienen de "*Tierra Baja*".

Otro de estos entrevistados fue Vicente Azorín Pérez. El me contó que de joven nunca había salido a segar fuera de Yecla, pero que en 1939, con 28 años, tuvo que salir por primera vez, ya que la necesidad le obligó a ir donde había faena, pues en Yecla el trabajo escaseaba.

Su primera salida fue a la siega del arroz en Sueca (Valencia) y como le fue bien estuvo yendo 29 años a la misma finca. También iba en los veranos a la siega del trigo y otros cereales a Zaragoza, Navarra y Soria.

De Sueca me contaba que el arroz se plantaba al "*gaucho*" (transplante desde el plantel al terreno definitivo). Este se plantaba a "*manojicos*". Donde primero fue es a los "*sequeros*", allí había que "*puchar*" (transportar) los sacos de arroz a hombros a las escambras de los pequeños productores. Según la distancia nos pagaban a real, más o menos el saco. Decía, que lo malo que tenía el arroz era trabajar en las máquinas trilladoras, por la polvareda que movían, ya que el polvo picaba mucho. En estas máquinas se trabajaba por el día y por la noche en jornadas alternativas.

Me habló del antiguo sistema de trilla. En las eras se posaban las garbas de arroz sin atar, con las espigas hacia arriba. Los caballos dando vueltas, batían las espigas con las patas. Luego, con las horcas, se separaba la paja del grano hasta que este se soltaba. No se podían emplear trillas por que estas le quitaban la cascara y sin ella el arroz no se conserva, pues se apolilla.

En cuanto a la siega del arroz, al igual que en la siembra, el bancal tenía que estar encharcado de agua. Cuando

él empezó a ir, se segaba descalzo. Había personas a las que le perjudicaba el agua y se ponían como una especie de polainas de hule para protegerse las piernas. Después empezaron a emplearse las boas de goma. Donde más gente de Yecla iba a la siega del arroz era en Sueca. Algunos iban a segar a Amposta, en la desembocadura del Ebro. Habían segadores que se ponían en contacto por medio de los vendedores que venían al mercado, los cuales les informaban sobre la siega de Valencia.

También en días de mercado, algunos manejeros buscaban a jornaleros en paro para la siega. Siempre había alguno que se ofrecía por menos dinero, sobretudo al acabar la guerra, ya que había mucho paro. El tenía amigos y patronos, por lo que iba directamente a ellos a pedirle faena.

Entre el 10 y el 20 de junio empezaba a segar en Zaragoza, y lo más tarde que llegó a Yecla fue el 12 de agosto. En la época antigua, cuando los segadores volvían a Yecla iban las mujeres a recibirlos al "*Lavaor*".

Me contó que era tanta la pobreza de antaño, que cuando los jornaleros se iban de siega fuera de Yecla, había mujeres que mandaban a sus hijos pequeños a pedir por las casas, mientras ellas se dedicaban a lavar la ropa de los "*señoritos*". Las solteras se ponían a traba-

jar con "amo" como criadas o niñeras. Compraban de fiado en las tiendas hasta que sus maridos volvían con dinero de la siega, ya que a veces segaban en caseríos y no podían mandar dinero. Todo esto me contó Vicente Azorín a sus 80 años cuando lo entrevisté en 1991.

El último de los entrevistados fue Marcial Soriano Tomás de 77 años. Esta fue hecha en el 2004. Lo primero que me dijo es que, las jornadas de siega era uno de los trabajos más duros que habían.

El salió muchas veces a segar fuera de Yecla. Fue muchos años a pueblos de la provincia de Albacete, ya que eran los más cercanos. Cuando terminaban, a últimos de junio, marchaban a Guadalajara, a Soria, a Bretón. Allí íbamos varias cuadrillas. La nuestra la formaban doce o catorce hombres. Me decía: *"íbamos donde Dios nos amparaba y dormíamos en los sitios que nos habían dispuesto, como parideras de ganado. A veces nos tocaba dormir al "raso" en el mismo bancal"*. El trabajo era brusco y las jornadas de 11 ó 12 horas diarias, por que no había control ni reglamento.

Donde más a gusto íbamos a la siega, era en la parte de Aragón, ya que nos daban la mejor comida de aquella época. Aquellas personas se portaban con nosotros de maravilla, pero el trabajo era duro, ya que se trabajaba hasta los domingos. Salíamos a mediados de junio

en el "Chicharra" a Villena, en donde cogíamos el tren para Valencia y desde allí a Zaragoza. A veces nos teníamos que desplazar de un lugar a otro andando. Allí no se segaba a surcos como aquí, por que el terreno era muy quebrado, ya que los bancales estaban en laderas y prados escalonados, o el terreno estaba en medio de un bosque de maleza, por lo que había que segar a "ducha ". Cuando segábamos un bancal, íbamos a otro. Unos se segaban a jornal, otros a destajo, según conveníamos.

Entonces no había máquinas, todo era segado a mano. Los haces los recogían las "mañas" y el dueño los ataba y les ayudaba a cargarlos en cinco o seis mulos que lo transportaban. Estos eran conducidos por las mujeres y las hijas de los dueños por senderos y barrancos, ya que por estos terrenos no podían circular los carros. Las mujeres allí trabajan mucho.

Las "mañas" nos daban lo mejor que tenían para comer. Antes de empezar a segar, de madrugada, nos preparaban en una mesa mantecados, magdalenas y una botella de anís seco. Se empezaba temprano, sobre las nueve o las diez nos llevaban las rancheras el almuerzo al bancal y también la comida, que comíamos sentados sobre gavillas de mies. El dueño nos hacía una especie de barraca en el bancal para tener el ato a la sombra y que el agua estuviese fresca.

Cuando acabábamos la siega en Aragón nos desplazábamos a Cabezón, provincia de Guadalajara. Al terminar volvíamos a Yecla con lo poco que ganábamos, pues nos solían pagar unas 18 ó 20 pesetas diarias. Ganábamos casi como aquí, pero teníamos la ventaja de que nos daban la comida. Incluso había sitios, en donde nos lavaban la ropa. En una temporada de 30 ó 40 días, nos traíamos al pueblo 3000 ó 4000 pesetas y llegábamos tan contentos.

Me contaba que, entre los compañeros de la cuadrilla había una buena armonía y que esta estaba muy bien organizada. Aún recuerda algunos de sus miembros. El manejero era el "*Mudo el Mansero*", también iban los "*Pichines*", Perico "*el Serrano*", "*los mondongueras*", etc.

Cuando llegábamos a Yecla, estábamos aquí unos días y en agosto nos íbamos a Sueca a la siega y a la trilla del arroz. Nuestra cuadrilla estaba bien organizada. El manejero era Pedro Navarro "*Luna*". íbamos allí mas de cuarenta yeclanos que nos juntábamos con muchas cuadrillas que iban de otros lugares. Alquilábamos el coche de Martín Disla y nos dejaba en el lugar. Cuando acabábamos iba a recogerlos.

El arroz se segaba todo a mano. Este fue el trabajo más duro que yo hice en mi vida, pues se empezaba por la ma-

ñana temprano, aún de noche y el bancal estaba encharcado de agua y se trabajaba descalzo. Habían enfermedades producidas por la humedad, parecida a las calenturas marta, que le atacaban a algunos. La siega acababa al mediodía. Conforme íbamos acabando de segar, unos caballos transportaban las garbas del arroz en carros hasta la era en donde estaban los "*sequeros*", ya que el arroz se segaba en verde. También estaban allí las máquinas trilladoras.

Las eras, eran trozos de terrenos que se dejaban yermos, la tierra estaba apisonada e incluso las había con césped, en donde se ponían las garbas del arroz para su secado ("*sequeros*"). Así se evita que este se mezclara con el barro y las impurezas. Allí se descargaban las garbas que se habían transportado para trillarlas con las máquinas después de su secado. Habían diferentes partidas pertenecientes a veinte o treinta colonos, aguardando cada una su turno. El arroz se dejaba a secar durante ocho o diez días, ya que así eran más manejables las garbas para llevarlas hasta las máquinas.

Al acabar la siega, se hacían dos turnos de trilla de más de diez horas, ya que las máquinas no paraban día y noche. Trabajamos sobre veinte en cada turno. Solo se paraba el tiempo necesario para comer o cenar. Estas máquinas producían mucho polvo, parte del cual se tragaba y era muy molesto por su picor.

Habían más de doscientas máquinas en el término de Sueca. Unas estaban fijas, pero también las había ambulantes. En este trabajo estábamos 20 o 30 días, pues había que ganar más dinero, ya que la jornada de siega era de cinco horas por la mañana. Algunos valencianos que iban a la siega, por la tarde se lo pasaban en los bares. Nosotros lo aprovechábamos trabajando en jornadas de máquina, ya que en estas se ganaba más dinero, por lo que echábamos jornada y media. Primeramente nos pagaban a cinco pesetas la hora, pero con el paso de los años subió a diez. En las máquinas se trabajaba por horas. A veces se ajustaba la trilla por kilos, a más kilos trillados, más dinero. Llevábamos la máquina a tope. Uno era el que la manejaba, mientras los otros iban echándole las garbas.

No habían contratos de temporada, eran horas y jornadas. Se trabajaba hasta los domingos. Si llovía, ese día no ganábamos nada. El dueño no arreglaba a ley y nos hacía un seguro para la temporada. En Sueca teníamos un ranchero que compraba lo necesario para la comida, al que pagábamos cada uno lo que le correspondía.

Como ya se ha dicho, esta faena duraba alrededor de un mes. Volvíamos a Yecla después de la feria, que es cuando regresaban los segadores del arroz. Era costumbre que, al acabar, los dueños

nos dieran un saco de arroz, ya limpio, en agradecimiento. Con este teníamos casi para todo el año. En tiempos del estraperlo, los sacos llevaban un escrito como que este era a cuenta del trabajo de la siega, a fin de que la Guardia Civil no nos lo confiscara.

Cuando volvíamos siempre traíamos algún pequeño regalo para nuestras mujeres, pero en especial, para nuestros hijos más pequeños.

También había temporadas de siega de arroz en Tarragona, casi tanto como en Sueca. La llamábamos "*la rápida del arroz*", por que duraba menos días. Allí llegamos a ir algunas veces.

Referente a la siega de cereales en el Campo de Cartagena, que era la más temprana, diré que para mí era mala; primero por que esta era "*machetera*", a golpes y para atrás. Se llamaba así por que se segaba al ras del terreno, quedando poco rastrojo, a fin de sacar más paja para los animales. Esta duraba unos veinte días. Allí nos juntábamos andaluces, valencianos y murcianos. Se ganaba menos y "*no nos daban ni agua*". Nos decían: Ahí tienen ustedes sitios para dormir y nos ofrecían un cuartucho en el que metíamos paja para estar más cómodos. La verdad es que nos trataban mal. También a la siega de León y Astorga iban mucha gente de Yecla.

Era norma que, cuando la comida la teníamos que hacer los segadores, el dueño diera el aceite, el vino, las patatas y la harina y también alguna fruta del tiempo. El ranchero, hasta que no organizaba las cosas para hacer la comida, no iban al tajo. Para hacer la comida le daban algo más de una hora para tenerlo todo dispuesto cuando la cuadrilla se presentaba a comer... Así era la vida del segador yeclano en aquél tiempo.

Curiosidades, conclusión, agradecimiento...

Para estar los haces se empleaban sogas de tres majas hechas de esparto crudo (verde). Esta se empleaba por "*madejas*". Una madeja tenía veinte "*brazas*" (medida que dan los brazos extendidos en forma de cruz). Con cada braza o "*vencejo*" se ataba un haz de cereal. Con una madeja se ataban dos caballones (veinte haces). En el extremo de la "*cordeta*" se hacía un nudo para ofrecer más resistencia al atarlo.

Dentro del hueco de la "*zoque-ta*", se metían los dedos medio, anular y meñique de la mano izquierda, el pulgar y el índice quedaban fuera para sujetar las "*manas*" (manejo de espigas). La "*zoqueta*" se sujetaba a la muñeca por medio de una cinta. Su finalidad era proteger la mano de los golpes de la hoz.

Para segar el trigo, cuya paja era más dura, se usaban hoces de acero especial y de buen filo. Estas las fabricaban en Catral (Alicante). También eran famosas las hoces fabricadas en Yecla por Cándido el fragüero, que era el artesano más apreciado en hacer artesanalmente estas herramientas.

Ocurría a veces, que en los ratos libres algunos segadores acostumbraban a jugar a las cartas. Se dio el caso de segadores que llegaron a jugarse el jornal de la siega y volvían a Yecla sin dinero. Pero esto ocurría muy raramente.

A lo largo de este trabajo hemos hecho un recorrido por la producción cerealista de nuestro pueblo. Las épocas de sequía, la falta de trabajo que llegaba hasta el extremo de causar el hambre entre los ciudadanos más desprotegidos. Los jornaleros, los cuales se tuvieron que agrupar para defender sus intereses. Su lucha social a través del tiempo les fue abriendo camino, a veces lejos de Yecla, para mejorar su situación económica y poder vivir decentemente. Las técnicas de la siega y el duro trabajo realizado a pleno sol no fueron suficiente el ser realizado en su propio pueblo, sino que el jornalero tuvo que salir fuera de Yecla, en ese "*itinerario de miseria*", recorriendo gran cantidad de kilómetros, en precarias condiciones, para poder traer a sus familias un "*mendrugo*" de pan.

Hoy que han pasado los años, nos resulta extraño que este pudiera ocurrir antaño, pero esto fue una cruda realidad que muchos de los que aún viven llevan grabado en su piel, en sus desgastados cuerpos y en la memoria de sus mentes y, a pesar de los malos ratos pasados aún lo recuerdan con cierto cariño, como si hubiese sido una aventura. Quizás por que entonces eran más jóvenes.

Mi agradecimiento más sincero al personal de la Casa Municipal de Cultura que me han dado facilidades para poder investigar en viejos papeles y periódicos de la época, en especial a Liborio Ruíz, su Director, por allanarme el camino. También a todos aquellos que han escrito sobre la lucha obrera yeclana, protagonizada, en gran parte, por los mismos jornaleros para mejorar el nivel económico y social de sus vidas, como Aniceto López Serrano y Ángel Pascual Martínez Soto, ya que sus libros encierran una amplia documentación sobre el resurgir del socialismo yeclano y de los sufridos jornaleros. También a los historiadores Pascual Giménez Rubio, Fausto Soriano Torregrosa, Miguel Ortuño Palao y Juan Blázquez Miguel, por que en sus libros recogieron la vivencia social a lo largo de la Historia.

Deseo agradecer de una forma especial la información de primera mano que me ofrecieron Antonio Martínez Bautista "*El Chichano*", ya fallecido

Vicente Azorín Pérez y Marcial Soriano Tomás, por que ellos sí vivieron en sus propias carnes esa necesidad de salir a segar fuera de Yecla y me contaron sus experiencias. A ellos va dedicado, en su recuerdo, ya que no lo han podido ver publicado. Y a otras muchas personas que me han animado a realizar este trabajo.